

Los de la Pimeria Alta, en lo general, se encuentran de tal manera mezclados con la raza blanca, que en la actualidad es muy difícil distinguirlos, pues tienen las mismas costumbres, las mismas industrias y hasta la misma cultura. En la Pimeria Baja, la amalgama no ha sido tan completa y es más fácil hallar habitantes que conserven toda la pureza de la raza indígena. Es de creerse, que con el transcurso de algunos años más, formarán de tal manera una masa común con los blancos, y de tal modo se habrán mezclado, que harán una población homogénea é igualmente civilizada.

### Indios Pápagos.

Los pápagos no son otra cosa que una fracción de los pimas altos, pues aunque se distinguen de ellos por varias circunstancias, y entre otras la muy notable de que han sido más rehacios al cruzamiento, consta que es la misma raza y que hablan el mismo idioma con cambios de poca importancia. Probablemente las diferencias que se notan entre estas dos fracciones de unos mismos indios, provienen de que los pimas fueron más atendidos por los primeros misioneros que redujeron á estas tribus al catolicismo, á causa de que los llamados pápagos estaban más lejanos hácia el territorio Norte y Oeste que ocupaban otras Naciones salvajes. Lo cierto es, que los pápagos fueron siempre más resistentes para reducirse á la vida civilizada, no han formado poblaciones permanentes como los pimas, ni se han mezclado con la raza blanca sino en muy baja escala.

En la actualidad viven en rancherías diseminados en un territorio muy extenso. Las principales son: *Sonorita*, pequeña población situada en la línea divisoria con los Estados Unidos; y más al interior *Pozo Verde*, *Quitovac*, *Carricito Cábotá*, *Chupibabi*, *Carricito de la Aribaipa*, *Cubabi*, *La Nariz*, *Pozo Prieto*, *San Luis*, *Plomo* y *Cumarito*, todas situadas en el Distrito de Altar. Otras varias rancherías pápagas se encuentran dentro del territorio Americano, al cual quedaron perteneciendo desde que perdimos la Arizona en virtud del tratado de Guadalupe en 1848.

Los pápagos son una tribu pacífica y no se tiene noticia de ninguna sublevación que hayan efectuado después de la que efectuaron en 1840, en la cual fué necesario hacerles una campaña formal para pacificarlos. Son enemigos tradicionales de los apaches, á quienes han hecho siempre una guerra sin cuartel; se considera que una de las causas principales á que se debe que los apaches se hayan retirado del distrito de Altar, á donde no penetran desde hace algunos años, son las hostilidades de los pápagos, quienes emprendían contra ellos campañas formales matándolos y persiguiéndolos con encarnizamiento.

Estos indígenas viven de la caza, de la pequeña agricultura, de la cria de ganado mayor y menor y de las frutas del campo, como la *pitahaya*, la cual saben conservar por mucho tiempo y de la que hacen una miel que venden con aprecio en las poblaciones inmediatas; fabrican telas de algodón que les sirven de abrigo, adoban las pieles de los animales que cazan; extraen y venden la sal de las salinas llamadas de la Soledad, el Pinacate y la Cascarita, que existen en aquella parte del Estado, y tienen otras pequeñas industrias para atender á las necesidades de su subsistencia; entre ellos hay algunos que poseen bastantes bienes de campo y son considerados como ricos entre la tribu, y otros se mantienen trabajando á jornal en las labores agrícolas, en los ranchos y en las minas. Los que habitan en el territorio inmediato á la línea divisoria, tienen bastante contacto con los Estados Unidos, en donde trafican

con preferencia, y muchos de ellos hablan inglés y castellano, además de su propio idioma. Aun los que viven dentro del territorio Americano son muy amigos de México, cuya nacionalidad prefieren.

El delito más común entre estos indios es el abigeato, para lo cual contribuye seguramente la facilidad que tienen de escaparse con los ganados que roban, yéndose á venderlos á los Estados Unidos. Con el fin de reprimirlos y para entenderse con ellos en todo lo que se ofrece á las autoridades, el Gobierno les ha nombrado y les paga unos jefes de la misma tribu, con los títulos de General y Teniente General, á quienes obedecen y respetan como á representantes del poder legítimo.

Como esta tribu tiene algunos bienes de campo, es muy importante para ellos la cuestión de terrenos, y como los que ocupan no los poseen con títulos, poco á poco los han ido despojando de sus posiciones antiguas los denunciadores de baldíos, y actualmente se quejan de que están muy reducidos y de que tienen sobre sí el amago de nuevos denuncios de sus tierras. Para evitar ese mal, el Gobierno de la Federación, en diversas veces, ha dispuesto que se midan los terrenos que ocupan y se les repartan en lotes equitativamente, pero esta medida no ha podido efectuarse porque los indios han manifestado su imposibilidad de pagar los gastos necesarios para verificar las operaciones correspondientes. Todavía el año actual el Gobierno del Estado solicitó y obtuvo de la Secretaría de Fomento, que á las pequeñas poblaciones que ocupan estos indios, y que dejen enumeradas, se les concedieran sus egidos como á los demás pueblos, repartiéndoseles en términos equitativos para que cada uno tenga su propiedad; pero esta medida no se ha llevado á cabo por la misma razón antedicha.

Este es un asunto que merece fijar la atención, y en ese concepto lo someto á la Legislatura, sugiriéndole la idea de que, si lo cree conveniente, se sirva acordar los medios de facilitarles la adquisición de las tierras que ocupa, á esa tribu laboriosa que está llamada á progresar.

### Indios Sérís.

Antiguamente esta pequeña tribu ocupó un pueblo llamado el Pópulo, jurisdicción de la Villa de Horcasitas, y que hoy es un rancho. Después se trasladó al Pueblo de Sérís, llamado anteriormente San Pedro de la Conquista, á inmediaciones de esta Capital. Ocupó también la isla del Tiburón, en el Golfo de Cortés, el Cerro Prieto, Tepoca, Tupanguaymas y los bosques que se encuentran en la costa llamada de Tastiota.

Aunque nunca ha sido muy numerosa esta tribu, desde el siglo pasado comenzó á disminuir notablemente y ha seguido disminuyendo siempre, tanto por sus pésimas costumbres, como por la guerra de destrucción que se le ha hecho en todas épocas. Los sérís han sido muy amantes de insurrecciones, circunstancia que ha obligado á los Gobiernos á abrirles campaña en la costa y hasta dentro de la isla del Tiburón; se han matado á muchos de ellos en diferentes guerras con la raza blanca; han sido cogidos prisioneros con sus familias en partidas numerosas; repartidos en esta Ciudad entre las personas que los han querido recibir, y, en una palabra, es una tribu que tiene una historia abundante en luchas y en episodios sangrientos de todo género. Esto, y sus hábitos degradados, su mala alimentación, su desnudez, su miseria y su resistencia á cruzarse con otras razas, son los motivos por los que se ha ido reduciendo constantemente en su número, al grado de que, en la actualidad, es seguro que no existen ni trescientos de todo sexo y edad.

Por su parte los séris han causado males de mucha consideración por medio del robo y del asesinato. No hace aun muchos años que asaltaban muy á menudo en el camino de Hermosillo á Guaymas á todos los viajeros, asesinandoles despiadadamente la mayor parte de las veces, y otras llevándolos cautivos á sus madrigueras, en donde los hacían sufrir horriblemente.

Poco á poco ha ido reduciéndose la esfera de acción de estos salvajes. Actualmente no ocupan más que la expresada isla del Tiburón, y solo temporalmente la pequeña península llamada Tepoca y una parte de la costa de Tasiota, á donde vienen á robar ganado de los ranchos que existen en aquel litoral. El camino de Guaymas está libre enteramente de ellos, y hace algunos años que no se dá el caso de que asalten á los viajeros.

Periódicamente estos salvajes se han insurreccionado y no solo para robar los ganados que han podido haber á su alcance, sino también para matar á los habitantes de los ranchos de la costa. En 1880 verificaron uno de sus alzamientos; el Gobierno del Estado se vió en necesidad de abrirles campaña, se logró coger prisioneros á un número como ciento cincuenta de ellos, entre hombres, mujeres y niños, que fueron traídos á esta Capital, y con el fin de evitar que volvieran á su antigua vida de desórdenes, se pusieron en una especie de reservación en el pueblo de Séris, nombrándoles un Jefe de la misma tribu, que, á la vez que servía para vigilarlos y mantenerlos en orden, era el intérprete por cuyo medio se entendían con las autoridades. Con una subvención que pagaba el Gobierno Federal y con ayuda de las rentas del Estado, se les daba diariamente abundante ración de carne, maíz y frijol para que vivieran. Así estuvieron algunos meses, y el Gobierno se ocupaba de encontrar la manera de utilizar á estos indios de modo que á la vez que prestaban algun servicio á la agricultura, fueran poco á poco creando hábito y afición al trabajo. Pero todos los proyectos formados sobre el particular, quedaron enteramente sin realización, pues en una noche se sublevaron, amarraron al Jefe que se les había nombrado y el cual estuvo á punto de ser asesinado, y huyeron hácia la costa á reunirse con el resto de la tribu y á seguir su vida nómada y salvaje.

Posteriormente han efectuado otros alzamientos, aunque de menos importancia. En Julio del año próximo pasado atacaron el rancho del Parián y mataron á dos personas. Además de que salió una fuerza Federal á perseguir á los asesinos, los sirvientes de los ranchos inmediatos se armaron con el mismo fin, y habiendo logrado darles alcance, dieron muerte á algunos séris después de un combate en que estos se defendieron. En Diciembre del mismo año, con motivo de que habían robado algunos animales en el rancho de Costa Rica, propiedad de Don Pascual Encinas, algunos vaqueros de éste y del rancho de San Fernando, salieron á perseguirlos, logrando encontrar un grupo considerable de indios, con quienes sostuvieron una lucha de dos horas. Los salvajes huyeron dejando cinco muertos.

En Marzo del año actual (1884) los séris atacaron en un punto llamado "Las Fontanillas," al Mayordomo del Rancho de Bacoache, que caminaba con su familia, le mataron á su esposa, y él logró escapar herido con cinco flechazos, y su hijo con uno.

Después de este acontecimiento, no ha habido ningún otro que lamentar de parte de los séris.

Esta tribu es la más resistente de todas las que hay en Sonora, para mezclarse con otras razas y para entrar por el camino de la civilización. Los séris son excesivamente perezosos, y antes que dedicarse á algún trabajo que les proporcione la manera de vivir, prefieren alimentarse miserablemente con los desperdicios de los ranchos, con la pesca que logran hacer en el Golfo y con las reses que se roban, aún á costa de la sangrienta persecución que por este motivo les hacen los dueños. Además cazan algunos venados, cuyas pieles adobadas, venden en esta capital, y de cuando en cuando traen también á

vender algunos tapetes que hacen con pieles de pájaros marinos. Estas son sus únicas industrias, y el dinero que con ellas logran obtener, lo gastan en su mayor parte en aguardiente, pues tienen en alto grado el vicio de la embriaguez.

Los séris son de alta y esbelta estatura y de color obscuro. Tanto los hombres como las mujeres se pintan la cara con colores indelebles, usando preferentemente el azul. Sin distinción de sexo usan el pelo largo; están siempre descalzos y sus vestidos no son más que unos pedazos de manta ó de frazada con que mal se cubren el cuerpo. Aunque no son polígamos, son poco exigentes en el matrimonio, y los cónyuges se dispensan mutuamente una gran tolerancia.

Esta tribu es en extremo desaseada y soez. Ni tienen idea de lo que es la higiene, ni noción alguna de aseo. Aunque muy á menudo vienen á Hermosillo, y van á Guaymas á vender los productos de su industria que he mencionado, y con tal motivo tienen algún comercio con la gente blanca, no por eso avanzan un solo paso en civilización, ni procuran mejorar sus costumbres.

Existe la tradición de que los séris usaban en sus flechas antiguamente un veneno activísimo que causaba la muerte sin remedio. Hoy, aunque no usan otra arma que esa, no la envenenan. Quizá han perdido esa horrible costumbre, porque con las mismas flechas matan en el campo las reses y demás animales con cuya carne se alimentan.

Por lo expuesto se comprenderá que esta raza, además de ser la menos importante de las que hay en el Estado, es de la que menos provecho puede esperarse por sus malísimas condiciones morales. Es de creerse que en una época no muy remota se extinga por completo, en virtud de las mismas causas que han hecho que hasta hoy haya venido disminuyendo.

#### Indios Yaquis y Mayos.

Lo que abajo se expresa y que se toma de la Memoria del Gobernador del Estado de Sonora, como se acaba de hacer, (para dar una idea general de las otras tribus) comprende solamente el período de 1875 á 1883 en lo relativo á los alzamientos de los Yaquis y Mayos. Cuando se hable en general de las guerras de estos indios se pormenorizarán las campañas que han sido más largas, más difíciles ó más importantes y se hará extensiva la noticia á toda la época comprendida desde la conquista hasta las últimas de 1900, 1901 y 1902.

#### Yaquis y Mayos.

Estas tribus ocupan una parte muy considerable y sin duda la más féráz y más rica del Estado, á las márgenes de los ríos Yaqui y Mayo, no pudiendo designarse con exactitud la extensión de terreno que tienen bajo su dominio, pero la cual no bajará de cincuenta leguas de Sur á Norte en la costa del Golfo de Cortés, y veinte leguas de Este á Oeste, desde las poblaciones organizadas civilmente hácia el interior, hasta el litoral.

Los Yaquis y Mayos pertenecen á una misma raza; sus costumbres son

las mismas, y su idioma solo difiere muy ligeramente. Los primeros ocupan los pueblos de Cócorit, Bâcum, Tórin, Vícam, Pótam, La Isla, El Médano y los Guamúchiles, situados á una ú otra márgen del Yaqui y en el Distrito de Guaymas. También ocupan Ráun, Huirivis, Belen y la Pitahaya, á distancia del río.

Los Mayos ocupan los pueblos de Camoa, Técia, Navojoa, Cuirimpo, San Pedro, Echojoa y Santa Cruz, en las riberas del río Mayo y en el Distrito de Alamos.

El Yaqui nace en la cordillera de la Sierra Madre, á la altura de Babispe; corre de Este á Oeste; pasa por los pueblos de Soyopa, Onavas, Tóniche, San Antonio de la Huerta, Cumuripa, Buena Vista y los otros que quedan citados, hasta desembocar en el Golfo, dos leguas abajo del Médano.

Los pueblos de Buena Vista y Cumuripa estuvieron también bajo el dominio de los Yaquis; pero habiéndose establecido un presidio en el primero de ellos, desde la época del Gobierno virreynal, quedaron ambos pueblos fuera del dominio de la tribu y así se han conservado hasta la actualidad.

El río Mayo tiene también su nacimiento en la Sierra Madre, al Sur del Yaqui, con el cual corre paralelo, aunque en una distancia más corta que éste. En su curso pasa por los pueblos de Nacoyahui, Conicarit y los demás que quedan enumerados, y desemboca en el mismo Golfo de Cortés, dos leguas abajo de Santa Cruz.

En un tiempo no muy lejano la tribu Mayo fué dueña exclusiva de todos los pueblos que se encuentran sobre el río; pero poco á poco su dominio se ha ido restringiendo hácia la costa, y en la actualidad los pueblos de Macayahui, Conicarit, Camoa, Técia y Navojoa, aunque tienen mayoría de habitantes indígenas, están sujetos á la obediencia del Gobierno y fuera de los mandatos de los caciques que dominan los otros pueblos situados hácia la costa.

No es objeto de esta Memoria hacer la historia de estas tribus, historia abundantísima en guerras, en episodios sangrientos y en escenas de salvajismo, ejercidos por ellos y también contra ellos. Me concretaré, pues, á dar una idea, en general, del estado que guardan actualmente.

Tanto los Yaquis como los Mayos, los primeros desde Cócorit y los segundos desde Cuirimpo, hasta el Golfo, están desde hace algunos años substraídos á la obediencia del Gobierno, manteniendo independiente no solamente el territorio que se extiende á ambas márgenes de los dos ríos, sino también el que se halla entre uno y otro á una distancia considerable de la costa. En toda esa región domina un cacique del Yaqui, llamado José María Cajeme, pues aunque en el Mayo hay varios cabecillas, todos ellos obedecen las órdenes de aquél, quien ha sabido conservar su preponderancia entre ambas tribus á pesar de la guerra que le han hecho algunos pueblos del Yaqui. Es tal el influjo que este indio Cajeme tiene sobre aquellas dos tribus, que si tuviera un espíritu más guerrero, es seguro que ya hubiera promovido un conflicto bien serio para el Estado, llevando una guerra de exterminio hasta fuera de los límites de los ríos, pero se ha contentado con mantener independiente el territorio que queda expresado, oponiéndose á mano armada á que la acción del Gobierno se haga sentir de ninguna manera sobre aquellos indios, y amagando solamente, de cuando en cuando el pueblo de Navojoa, que está sujeto á la obediencia de las autoridades y fronterizo á los dominios de la tribu Mayo.

Cajeme ha sabido dar cierta organización gubernativa á las tribus de que me ocupo, estableciendo un sistema administrativo que le permite conservar el orden, hasta cierto punto, y hacerse respetar como Jefe. Los asuntos de interés grave, generalmente se resuelven en una asamblea que se forma de los gobernadores ó cabecillas de los que ellos llaman los ocho pueblos, que son: Cócorit, Bâcum, Tórin, Vícam, Pótam, Ráun, Huirivis y Belén, quienes bajo la presión de Cajeme, dictan todas las resoluciones que éste quiere inspirarles. A veces se hacen reuniones populares en que toman parte todos los indios que

quieren concurrir y que son citados con anticipación por medio de los Gobernadores y Alcaldes de los Pueblos. También en estas reuniones ó asambleas generales domina por completo el cacique, debido, según se asegura, á su elocuencia, á su tacto para tratar á la multitud, halagándole sus pasiones y sus tendencias, y sobre todo, el terror que les inspira, pues ya los indios tienen la experiencia de que, todos los que se oponen á la voluntad del Jefe, son perseguidos con encarnizamiento hasta que son asesinados ó huyen del río.

Tiene también establecido un sistema hacendario para hacerse de recursos con que sostener una pequeña fuerza que siempre tiene sobre las armas para infundir respeto y para su seguridad personal. Este sistema consiste en cobrar una contribución á los que trafican en los ríos, llevando mercancías que venden á los indios, y en robar, en los ranchos inmediatos á sus dominios, por medio de partidas de indígenas que manda con este objeto, reses, caballos y toda clase de animales que no pueden recoger sus dueños si no es pagando un rescate que el cabecilla del Yaqui señala á su arbitrio.

Los recursos que de esta manera obtienen, los emplean, además de mantener la fuerza que queda dicho, en comprar armamento y municiones de guerra en cada oportunidad que se les ofrece. De esta manera y despojando á los viajeros que pasan por aquellas regiones, de las armas que llevan, han conseguido reunir cierta cantidad de armamento de fuego que no se puede determinar, consistiendo la mayor parte en fusiles de percusión. La opinión general es, que también tienen algunos fusiles Remington que han dejado entre ellos los desertores de las fuerzas federales, y pistolas y carabinas de repetición quitadas á los viajeros ó que han podido comprar.

Las municiones las adquieren comprándolas clandestinamente y en pequeñas cantidades en el puerto de Guaymas; por medio de agentes que es imposible descubrir. También en ciertos casos exigen como tributo á los traficantes, más ó menos cartuchos so pretexto de la caza y siempre de manera de no infundir sospechas. Además, los mismos indios saben fabricar pólvora que, aunque de muy mala clase, les sirve para hacer municiones.

Estos indígenas viven de la agricultura, de la cría de ganado, de pequeñas industrias manufactureras, de la pesca y del robo. En las márgenes de ambos ríos y aprovechando las pocas tierras que se riegan por sí solas en las avenidas de las aguas, siembran maíz, trigo, frijol y otros cereales, en pequeñas cantidades, y obtienen siempre una cosecha relativamente abundante, pues el terreno no puede ser más feraz y productivo. Además de este elemento de vida, tienen algunas crías de ganado mayor y menor que aumentan con los animales que roban en los ranchos que colindan con sus dominios. Los Yaquis, además, tienen algunas canoas y lanchas en que conducen al mercado de Guaymas algunos de los productos del río, como pasturas, leña, carrizos, petates y aves, que venden inmediatamente. Este comercio proporciona recursos á los indios y es benéfico para aquel puerto, pues lo surte de artículos de consumo indispensable.

Cajeme no descuida su propiedad personal y se asegura que tiene cuantiosos bienes de fortuna adquiridos por medio del robo y del trabajo de los demás indios. Ha logrado establecer el sistema de que de cada pueblo, tanto del Yaqui como del Mayo, se le envíe un contingente de trabajadores, á quienes ni paga ni alimenta por su cuenta, con el fin de que hagan siembras de más ó menos consideración, las cuiden y las cosechen, todo para abastecer los graneros del cabecilla. A todos los que le son desafectos, les confisca sus bienes en su beneficio particular, y así es como tiene un número considerable de ganados.

Los males que los Yaquis y Mayos causan con sus robos en los distritos de Guaymas y Alamos, son de mucha consideración, porque no dejan prosperar las crías de las haciendas de campo que se hallan inmediatas á sus terrenos y que son de las mejores del Estado. En épocas anteriores en que esos in-